BATALLAS QUE LOS CATALANES HAN GANADO a los francéses en esta guerra.

Batalla primera del Bruch en 6 de Junio de 1808.

CAtalanes: las aguilas victoriosas del soberbio Napoleon, que han conquistado imperios opulentos, devastando ricas provincias, y asolado reynos enteros, habeis pisado ignominiosamente en las escarpadas rocas del Bruch. Primera batalla, que habeis dado à los franceses, primer triunfo; pero corona inmarcesible con que ceñireis la frente con iguál gloria, que los Titos y Vespasianos, quando entraron en la capital del orbe llevando atados á su carro, estandartes, guerreros y soberanos del indomable oriente. Manresa levanta en medio de su plaza el estandarte de la subordinacion á Fernando VII, quando oyó que en sus oidos resonaba el nombre de Murat, y de un nuevo soberano de la raza de los intrusos. Se escandaliza, se irrita qual leon furioso, y abre sus garras para despedazar con inhumanidad, ó al vestiglo, ó al hombre que se le presente. Quema en su plaza el papel con el sello: *Valga por el gobierno del Lugar Teniente del Reyno*, y levanta la voz exclamandó: ,, Manresanos, al arma, á la victoria. Hijos, sobre estos muros tremolareis las banderas de la fidelidad al dulce renuevo de nuestros legitimos Monarcas, al joven héroe, que desprecia las coronas de Napoles, y Etruria, solo por vivir entre vosotros; prefiere las cadenas vergonzosas, y el verse encerrado dentro de las tristes paredes de una fortaleza á quarenta leguas de Paris. El Borbonés legitimo heredero de las posesiones que riega el Tajo abundoso, ¡ ah hijos! y ved que ruido sordo se difunde por los habitantes de la ciudad de Manresa. Le oye el balbuciente niño, y el viejo caducante, que con pie tremulo camina al sepulcro. ,, No deshonreis estas canas, que en otro tiempo ennoblecieron las victorias que conseguimos de los turcos orgullosos;" exclama uno con voz tronadora: ¿ Quereis poneros grillos à vuestros pies? ¿ esposas en vuestras manos? ¿ Que una requisicion violenta é injusta arranque de nuestro seno à los hijos mas caros, y que pasando los Pirineos les lleven à climas remotos, ò les cambien con el frio sueco, el misero polaco, el suizo desgraciado, y el abatido frances, que vienen à conquistar este pais, desolarle,

arrasarle, reducirle à un erial espantoso de Arabia? ¿Extrañareis la voz de esposas, de grillos? Multitud de carros se ha visto entrar en la ciudadela de Barcelona; alli se encierran estos viles instrumentos para encadenar, y llevar cautivos á los habitantes de este reyno venturoso. ,, Al proferir todos: muramos primero, que arrastrar tan ignominiosa cadena, convirtamonos en frio polvo antes que doblar nuestra erguida cerviz al tirano opresor; corren presurosos, quien á tomar el fusil, quien el sable, quien á construir el cañon funesto y desolador: unos guarnecen los muros, otros fortalecen las puertas de la ciudad; á tiempo que Duhesme, general del exercito frances pide desde Barcelona una porcion de polvora. Se la niegan, y he aqui la furia amenazadora, que se anida en el pecho de este sectario de Atila, azote de la humanidad. Unos y otros se preparan. Decreta Duhesme en su mente creadora de estragos y carniceria, la desolacion eterna de Manresa; mas esta su defensa vigorosa, y con varonil pecho se adelanta á recibir los Martes tan decantados de los franceses. Concibieron los Manresanos la idea original y heroica de prevenir al enemigo, sus esfuerzos reünidos alentaron à la multitud timida, suena la campana de los somatenes, y al momento por las puertas de esta ciudad, y de otros pueblos vecinos salen los defensores de su patria é independencia. Pero ¿cómo? casi sin provisiones, sin armas, sin pertrechos militares. ¿Tienen cañones? Idean hacerlos de madera, y con ellos presentarse al exército frances, à quel exército aguerrido, disciplinado, impavido, invencible, superior como el mismo se lisongea à la naturaleza, y à la sañuda fortuna, y que en la ultima batalla contra la Rusia y Prusia vió delante de sí trescientos cañones, que arrojaban los estragos de la sangre, y de la muerte. No le esperan en sus mismos hogares, se adelantan cinco horas, fixan sus pies en el Bruch, y sus montañas les sirven de otras tantas fortalezas. Alli ponen sus rusticas baterias, que les presentan los troncos de los arboles, y un foso en medio del camino cubierto de ramas de arboles, que sirvió à los coraceros de sepultura, à los coraceros creidos invulnerables. Se emboscan los Manresanos y ocultan entre las matas, entre los arboles, entre las peñas, y oyendo la voz sonora de algunos Sacerdotes que, levantando su diestra valerosa, les animan á morir por la Religion, por la Patria, por Fernando VII, empieza el estallido del cañon, y Marte embravecido sopla el

furor. El espeso humo no dexa ver ni los combatientes, ni la caballeria francesa,, unos gritos confusamente mezclados llenan el ayre, se oyen voces, otras de alegria, otras de rabia: en los atletas Manresanos solo se vé obstinacion, venganza honrosa, ardimiento cristiano, y en las tropas francesas desaliento, cobardia, fementido despecho, al considerar que sin saber de donde ni como, se descarga sobre sus cabezas una lluvia copiosa. Quien de ellos huye, pero se lo impiden, quien se rinde, pero se le niega la vida y confundidos en sí mismos, baxan al sepulcro de sus padres algunos centenares, de aquellos mismos Hercules, que poco antes se jactaban invencibles é invulnerables. ¡Qué destrozo, buen Dios! ¡qué victoria! ¡O Manresa! ¡Tu venciste á los franceses! ¡qué palabra! ¡los soldados de Napoleon! Manresanos, vosotros les quitasteis en el Bruch los cañones de ocho que tenian; les arrebatasteis una aguila: ¡qué vergüenza para el Emperador! ¡una aguila francesa en poder de los Manresanos! qué gloria! ¿Y quién le arrebató? una gente sin disciplina, sin tactica militar, sin estar provistos, vestidos de paisanos; y sacados del seno de sus esposas, niños llorosos à la voz de *viene el enemigo*. Yo le ví salir de Barcelona: què ufano su general! sus tropas! qué entonadas! con que ostentacion ocupaban el campo saliendo por la puerta de S. Antonio! y tambien le ví entrar; pero ¿cómo? suerte ominosa la de la guerra! Unos sin mochilla; otros sin manos, ò traspasadas las rodillas, quien cayendo sin armas, quien rota la cabeza, y tambien ví un infeliz sin brazos, solo conservaba el tronco de su cuerpo, y la cabeza libre para volverse à todas partes y decir: ,, no soy frances perdí mi águila: no soy guerrero de Napoleon, perdí la batalla, pero conservo la vida á beneficio de los generosos catalanes, que me han permitido entrar en esta ciudad, y no haberme muerto en el camino; pero mis compañeros en numero de algunos centenares quedan mordiendo tierra, ò cadaveres yertos: allí se vè una multitud de caballos expirantes, y que relinchando se revuelcan en la humeda arena, caxas destrozadas, sin contar los muchos heridos que se conducen en carros. Todo confusion, todo ha sido desorden. Errante la vista buscabamos soldados en que fixarla, y solo veiamos montes, ramas de arboles y hendiduras de las peñas; pero desde allí..." no pudo proseguir este infeliz, se desangraba, y el aliento huyó de sus labios. Fuese cayendo y levantandose à la ciudadela, donde se encontraban ya mas de trecien-

tos franceses, que habian caido al golpe atroz de la fatal hacha de la guerra. Sin duda iria á expirar en brazos de otros compañeros del infortunio acaecido en el Bruch, ó nombre! Bruch! hasta ahora desconocido, solo has sido un pueblo, un pueblo sin fama, pero en adelante uno de los celebres del campo catalan. Esta batalla te dará un nombre famoso en todas las naciones y siglos venideros, te levantarán trofeos de admiracion; y al recordar que el exército frances equipado de caballeria, tropa de linea, es batido, destrozado, sin aguilas, que entra desordenado en Barcelona por la misma puerta que salió, cubierto de ignominia y afrenta eterna, mi alma se enagena de contento el mas lisongero, y encantador. Pero ¿quién le bate y derrota? unos somatenes. ¿Quién le llena de pavor? unos pocos soldados de Guardias Españolas y Artilleros, que desamparan sus cuerpos que están en Barcelona. ¡O trofeo!... ¡O proeza inaudita!... Batallas de Jena y de Marengo, ¿podreis compararos con la del Bruch, ¿qué digo, compararos? Me dixo un oficial frances, que pudo escapar de este combate azaroso, que no se habian dado las batallas de Jena y Marengo con mas astucia, mas ingenio, mas ardid. Tranquilizate, pues pueblo venturoso, serena tu faz [illegible] los ojos pocos momentos ha llenos de lagrimas, enxúgalos; y si el enemigo [illegible] esparcido por tus calles y plazas un terror pánico, consuélate, reanima á tus hijos, no tema la inocente doncella, el pequeño niño que apenas fixa el pie sobre la tierra, ó el viejo tremulo, que se apoya sobre el debil y quebradizo baculo. Tus Magistrados, que como los Senadores de Roma esperaban la muerte á la puerta de sus casas sentados en sus acientos cúrules, ya pueden levantar el rostro sereno, y la desconsolada madre buscar á su hijo, que preparaba su garganta al cuchillo. Troya, tú me recuerdas una escena muy parecida á la de Manresa, quando el fatal caballo introduxo en tus hogares la afliccion mas asombrosa. ¿Qué era ver las Sacerdotisas desmelenadas, que salian del templo [illegible] de las mismas furias del infeliz Orestes; de aquel templo, cuyo altar estaba cubierto de un velo negro, y que caian los quadros pendientes de sus paredes, eternos monumentos de la gloria de Troya? ¿Qué? Apartemos los ojos de un expectáculo tan horroroso capaz de infundir espanto á la misma desgracia. No quiero ver á Troya, ni á Manresa, quando sale por sus puertas un Eneas, que lleva sobre sus hombros al viejo Anchises, ó un Paladion agarrado de sus tiernas hijas, que le abrazan las rodillas encorvadas. Solo quiero verla, quando se oye una trompeta sonora por sus calles diciendo: victoria: ¡qué palabra! Todos repiten, victoria, sí, victoria: los habitantes de Manresa se entregan al placer seductor, y levantadas las manos al cielo, se quedan como enagenados. Mi fantasia entonces se acalora, un estro soberano la agita, y me hace prorumpir en estas dulces palabras:— MANRESA LA TRIUNFADORA.

Reimpreso en Buenos-Ayres, En la Imprenta de Niños Expósitos, Año de 1809.